



NUEVA RELACION  
**DEL QUE METIÓ LA CABEZA.**

Con el motivo, señores,  
 de haberse proporcionado  
 ocasión en que yo puedo  
 á tan ilustre teatro  
 servir con mi habilidad,  
 si es que alguna me ha quedado,  
 pues con la continuación  
 de andar en tanto fandango,  
 la habilidad y salud  
 va una y otra cuesta abajo,  
 y es para mí cuesta arriba  
 el ponerme á ejecutarlo,  
 porque con la experiencia  
 ya lo tengo observado  
 en otros varios amigos  
 que en versos se han ocupado,  
 cuyos nombres no refiero,  
 porque temo que al nombrarlos  
 lo que mi voz acredite  
 será desacreditarlos;  
 solamente he conseguido  
 por servir á tantos, tantos,  
 tras de muchas malas noches,

tras de muchos malos ratos,  
 tras de perder el bolsillo,  
 el pañuelo y los zapatos,  
 linterna, espada y sombrero,  
 y andar de noche á milagros,  
 á él, hágame usted el favor,  
 á él, beso á usted la mano;  
 y ser preciso gastar  
 el dinero en convidarlos.  
 Por todas estas razones  
 lo que un hombre ha adelantado  
 es que la envidia de muchos  
 que son unos pelagatos,  
 y no valen sus orejas  
 para limpiarme el zapato,  
 venga ó no venga ocasion,  
 sean ó no preguntados,  
 dicen: ¿quién, Fulano? ¡ah!  
 ese es un hombre ordinario:  
 ¿y por qué? porque no ha ido  
 á servirles siempre y cuando  
 á ellos se les ha ofrecido  
 el armar algún fandango;

aunque un hombre es bien nacido  
y, á Dios gracias, bien criado,  
si es fandanguero, ninguno  
quiere llevarle á su lado.  
Por fin, vamos al asunto;  
contaré un chiste pesado  
que me sucedió á mí mismo  
habrá poco mas de un año,  
al mismo mes de Setiembre,  
que á Octubre está inmediato.  
Salí, pues, á pasearme  
con los piés en los zapatos,  
tan delgaditas las suelas  
y el corte tan desgastado,  
que todo el que me veía  
pensaba que iba descalzo;  
con unas medias calcetas  
enseñando los zancajos,  
con mucho zurcido arriba  
y no poco agujero abajo,  
y por medio parecía  
las habian picado grajos.  
Al calzon de terciopelo  
solo el tercio le ha quedado,  
que por ser el tercio viejo  
cayó el pelo y quedó el casco;  
este con la hermana chupa  
estaba tan hermanado,  
que aunque ella era de pelo,  
por lo fino quedó raso.  
La capa aunque de invierno,  
era tambien de verano,  
de paño de rasalema  
por lo claro de alto á bajo,  
pues que sin desembozarme  
daba á cualquiera la mano.  
El sombrero era tan fino  
y estaba tan afinado,  
que da á entender lo bueno  
del amo, y de él lo malo:  
por faltarle goma y tinta  
siempre lo llevo en la mano:  
vean ustedes aquí  
todo mi adorno explicado.

En cuanto á ropa interior,  
si es que debo yo juzgarlo,  
en diciendo capuchino,  
todo queda declarado.  
En fin, salí como he dicho,  
y me fuí paso entre paso  
hacia el puente de la Paja;  
apenas me hube sentado;  
cuando ví venir dos damas  
de esas que hay de tres al cuarto  
que me miraron atentas,  
en sus señas demostrando  
con grande encarecimiento  
que las habia de dar algo;  
en tocando á generoso,  
siempre yo he sido bizarro,  
y porque no se dijera  
que habia andado escaso,  
las dí de conversacion  
mas de tres horas ó cuatro,  
y luego las convidé  
para rezar el rosario,  
y por ser poco devotas  
sin admitir semarcharon.  
Como era noche de encierro,  
poco á poco paseando  
me fuí hacia la carrera  
por ver si veía algun fandanguero;  
encontré con dos amigos;  
despues que nos saludamos,  
me dicen si quiero ir  
porque van determinados  
á correr toda la noche,  
como se dice, de gallo.  
Corrimos muy bien la tuna,  
gastamos muy buenos cuartos  
pero gastaron los otros,  
porque si he de hablar claro,  
no tenia qué gastar  
si no gastaba mis cuatro.  
Llegamos, por mi desgracia,  
porque el lance fué pesado,  
á la calle de la Feria;  
oigo un cerrojo y me paro;

con lo claro de la noche,  
porque alumbraba muy claro  
la luna, ví en una reja  
que menean una mano;  
llego y pregunto: ¿es á mí?  
y me responde: sí, ingrato,  
desconocido, cruel;  
yo la respondí: es engaño,  
señora, errásteis el tiro;  
si serviros puedo en algo,  
vereis que de ese sujeto  
soy todo muy al contrario;  
viendo yo que va de veras,  
y que á nadie se ha inclinado  
de los tres, sino es á mí,  
alegre dije á mi sayo:  
sí, le he parecido bien,  
sin duda soy aquí el gallo:  
les dije á mis compañeros  
me esperasen mas abajo;  
que no pierdo la ocasion  
que se me ha proporcionado.  
Díeme mil satisfacciones,  
de amor y celos tratamos,  
y ya cansado de estar  
con el gallipavo alzado,  
la dije: adorado dueño,  
dame licencia que un rato  
me encarame en esta reja  
á gozar mas inmediato  
de esos luceros las luces  
y el amor de aquesos lábios;  
y sin aguardar razones  
á la reja me encaramo;  
como está sin celosías  
la cabeza fuí soplando  
por entre los mismos hierros,  
y así que la hube soplado,  
me quedé admirado en ver  
un salero tan salado.  
Por mi desgracia pasó  
un mozuelo con un hacho  
encendido, y la señora  
en mi traje reparando,

se iba poniendo sería  
y del sitio retirando:  
yo la dije: sol divino,  
esta sorpresa la extraño;  
dijo arrancando á correr:  
váyase con dos mil diablos,  
pelagatos, jarambel,  
espetera de guiñapos.  
Bonito quedé, y peor  
al procurar ir sacando  
la cabeza de entre los hierros,  
que por mas fuerza que hago,  
por mas tirones que doy  
y por mas trazas que trazo,  
en llegando á las orejas  
vuelvo á quedar atascado.  
¡Caramba! dije, ¡mi oreja!  
esto es peor que malo;  
tira que tira, y los hierros  
mas firmes que los diablos;  
la capa se me cayó,  
tambien andaban rodando  
los zapatos y el sombrero.  
Los que estaban aguardando,  
viendo que yo me tardaba,  
á la reja se arrimaron  
diciendo: mira que es tarde,  
y me hallan pataleando:  
me preguntaron: ¿qué es esto?  
yo dije: son mis pecados,  
ó los diablos del infierno  
que me tienen amarrado;  
ved si me podeis sacar  
aunque sea hecho pedazos.  
Viendo del modo que estaba,  
entre los dos me agarraron;  
uno tira de los piés,  
otro tira de las manos  
para sacarme de allí,  
mas solo me iban sacando  
uno vara de pescuezo,  
y casi me iban ahorcando.  
Estando en estas fatigas,  
vieron venir á lo largo

gente que traia luz;  
entonces ellos, pensando  
que era la ronda, se fueron  
y en el cepo me dejaron;  
yo que los oigo decir:  
¡la ronda viene! á Dios clamo;  
¡qué sudores, qué fatigas!  
llamaba á todos los santos.  
En este tiempo que llegan  
los que por ronda juzgaron,  
y no eran sino mozuelos  
que se iban paseando;  
llegaron allí, y al verme  
todos se iban parando;  
dice uno: ved qué Judas  
en esa reja colgado;  
otro dice: es la bandera  
de algun tercio derrotado.  
Señores, mayor vergüenza  
en mi vida no he pasado;  
otro chusco, con la espada  
el trasero me ha pinchado,  
yo con los piés me defiendo  
y él repite los pinchazos.  
Luego viene otro bufon  
diciendo disimulado:  
¡ay qué lástima de mozo!  
aquí lo mas acertado  
es buscar una geringa,  
y con sal, pimienta y ajo  
echarle una lavativa,  
que si no le refrescamos  
puede darle un tabardillo.  
Y si hubieran encontrado  
la geringa, me la encajan,  
que estaban determinados  
en hacerlo; pero al fin  
ellos me desatacaron,  
me dejan caer las bragas;  
yo maldiciendo y votando  
estaba hecho un veneno,  
y ellos se estaban holgando;  
cada vez que echaba un voto,

tomaba uno un zapato,  
otro me alzaba el pañal  
y me daba un zapatazo,  
diciendo: si eres blasfemo  
mira que aprieto la mano.  
A los gritos que yo daba,  
los vecinos inmediatos,  
unos sacaban candiles,  
y otros mechones de esparto:  
y luego salió una vieja  
con un velon en la mano,  
diciendo: ¡ay qué espantajo!  
da compasion el mirarlo.  
Luego un hombre compasivo,  
el que sin duda era un santo,  
fué y trajo una palanqueta  
con la que fué retirando  
los hierros, hasta que pude  
ir poco á poco sacando  
la cabeza, y me dejé  
todo el pellejo pegado  
en los infernales hierros,  
y cayendo y tropezando  
eché andar la calle arriba,  
y á pocos pasos que he dado  
se me presenta la ronda;  
yo como iba tan turbado  
no pude darles razon  
á lo que me preguntaron.  
Se llenaron de sospecha,  
de los brazos me amarraron,  
me metieron en la cárcel,  
á otro dia se informaron,  
y á buena composicion  
me costó cuatro ducados.  
¿No quedé con lucimiento?  
¿No quedé arregostado  
para hablar con las señoras?  
¿No ha estado bonito el chasco?  
Al fin escapé con bien,  
y lo que tengo pensado,  
es meterme en un convento  
y ver si puedo ser santo.

MADRID.—Despacho de Marés y Compañía, calle de Juanelo, núm. 19.